

Juan Larrea (a la izquierda) y Gerardo
Diego, Madrid, septiembre de 1929.
[Archivo de Juan Larrea, Madrid].



GERARDO
DIEGO
JUAN
LARREA

EPISTOLARIO
1916-1980



Edición de
JUAN MANUEL DÍAZ DE GUEREÑU
Y JOSÉ LUIS BERNAL SALGADO

FUNDACIÓN GERARDO DIEGO /
PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Este libro es una coedición de:



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

Con la colaboración de:



Forma parte del proyecto Epístola (FFI2010-19812 y FFI2015-70064-P) desarrollado por la Fundación Francisco Giner de los Ríos y la Residencia de Estudiantes y financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad



Director de la colección: José-Carlos Mainer ● Diseño de la colección: Montse Lago ●
Coordinación editorial: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes ● Índice
onomástico: Juan Manuel Díaz de Guereñu ● Maquetación: Myriam López
Consalvi ● Producción: Lerner & TF ● Encuadernación: Hermanos Ramos

© de la introducción y las notas: Juan Manuel Díaz de Guereñu y José Luis Bernal
© de los textos de Gerardo Diego: herederos de Gerardo Diego © de los textos de
Juan Larrea: herederos de Juan Larrea © de esta edición: Fundación
Gerardo Diego y Amigos de la Residencia de Estudiantes, 2017

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento —incluyendo la reprografía, el tratamiento informático o cualquier otro procedimiento presente o futuro— sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* y de la Residencia de Estudiantes.

ISBN: 978-84-946717-1-5 ● Depósito Legal: M-30447-2017 ● Impreso en España

La coedición de este epistolario entre la Fundación Gerardo Diego y la Residencia de Estudiantes es fruto de la relación de colaboración y amistad que ambas instituciones mantienen desde hace años y que ha dado ya como resultado el desarrollo conjunto de diversas actividades para la recuperación y difusión del legado poético de la Edad de Plata.

Este nuevo volumen de la colección de epistolarios de la Residencia reúne las cartas cruzadas entre Gerardo Diego y Juan Larrea. Se trata de un conjunto excepcional por el número de documentos que recoge, por su extensión temporal y por el cúmulo de informaciones personales y literarias que aporta. El libro incluye 414 epístolas datadas entre octubre de 1916 y enero de 1980, aunque la mayoría de ellas (384) van de la fecha inicial al 25 de junio de 1937, cuando la correspondencia se interrumpe a causa de la guerra civil. 217 cartas fueron escritas por Juan Larrea y 197 por Gerardo Diego. Casi todas las de Larrea (213) se publicaron en 1986 en el libro *Cartas a Gerardo Diego. 1916-1980*, actualmente descatalogado; sus originales se conservan en el archivo de Gerardo Diego. La mayor parte de las de Diego, en cambio, habían permanecido inéditas hasta esta edición; sus originales se encuentran en el archivo de Larrea, custodiado hoy por la Residencia de Estudiantes, lo que ha posibilitado que este proyecto de hace años se haga finalmente realidad y se pueda ofrecer por primera vez reunida la correspondencia cruzada entre ambos poetas.

El periodo más intenso de este epistolario, además de documentar la estrecha amistad entre Gerardo Diego y Juan Larrea —que data de sus años en Bilbao como alumnos de la Universidad de Deusto—, desgrana el vivo diálogo poético y personal que mantienen entre ellos durante su etapa de formación y primera madurez, y aporta textos y abundantes datos acerca de la creación de sus obras respectivas, así como de la poética que compartieron. Las cartas contienen, además, los textos de 31 poemas de Larrea (más uno traducido del francés por Diego) y de 69 de Diego. La mayoría son inéditos o versiones tempranas de poemas luego publicados.

La Fundación Gerardo Diego y la Residencia de Estudiantes desean dejar constancia de su agradecimiento a Juan Manuel

Díaz de Guereñu y José Luis Bernal Salgado por la rigurosa labor de edición que ha dado forma a este epistolario, en el que, con su habitual competencia y el cuidado que los caracteriza, han volcado sus acreditados conocimientos, fruto de años de investigación dedicados a la obra de ambos autores. Muchas gracias también a la Universidad de Extremadura, cuya colaboración ha contribuido a hacer posible esta edición, así como a los herederos de Gerardo Diego y Juan Larrea por permitir el acceso a sus archivos y la publicación de esta correspondencia, precisamente cuando se cumple el noventa aniversario de la generación del 27, de la que los dos poetas fueron destacados miembros.

FUNDACIÓN GERARDO DIEGO
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

JUAN MANUEL DÍAZ DE GUEREÑU
JOSÉ LUIS BERNAL SALGADO

XIII

EPISTOLARIO

I

ÍNDICE CRONOLÓGICO DE CARTAS

949

ÍNDICE DE POEMAS

967

ÍNDICE ONOMÁSTICO

973

PROYECTO EPÍSTOLA

1012



Juan Larrea (a la izquierda) y Gerardo Diego (a la derecha) con sus mujeres, Marguerite Aubry y Germaine Marín, en Font Romeu, 1934.
[Archivo de Juan Larrea, Madrid].



INTRODUCCIÓN



La correspondencia de Gerardo Diego y Juan Larrea es un conjunto documental de excepción. Lo definen como tal el número de mensajes que incluye, su densidad y extensión en el tiempo y, sobre todo, la significación de los dos autores en la historia de la poesía española del siglo xx.

Larrea y Diego participaron de muy diversas maneras, de acuerdo con sus respectivas personalidades y con los avatares de sus experiencias vitales, en uno de los momentos fundamentales de nuestra historia literaria contemporánea. Sus cartas atestiguan dicha participación y permiten documentar el proceso de aprendizaje y maduración de ambos correspondientes. Expresan la primera y compartida afición literaria de los dos, de inicio más bien atenta a la escena teatral y que se decanta luego en rotunda vocación poética; muestran cómo ambos poetas lograron definir un lenguaje propio, gracias al estudio de la tradición y al contacto con las novedades llegadas de París, en particular el creacionismo de Vicente Huidobro; y aportan un cúmulo de informaciones detalladas acerca de la escritura de uno y otro en un periodo capital para la constitución de sus respectivas obras.

Dado que Diego y Larrea definieron sus perfiles de poetas en estrecha camaradería personal y epistolar, compartiendo descubrimientos, tanteando caminos expresivos, intercambiando comentarios críticos, discutiendo y elaborando conjuntamente teorías o reflexiones, las cartas que intercambiaron representan a menudo la

expresión espontánea de dicho proceso. En estas cartas se inscribe la gradual maduración de ambos poetas hasta alcanzar su sazón. Y, lograda ésta, las misivas dan noticia de los proyectos y las tareas creativas de uno y otro.

El epistolario incluye 414 cartas —217 que fueron escritas por Larrea y 197 que firmó Diego—, datadas entre octubre de 1916 y enero de 1980, aunque la mayor parte de los mensajes, 384, van de la fecha inicial a junio de 1937, cuando la correspondencia se interrumpe a causa de la Guerra Civil. Los treinta mensajes intercambiados a partir de septiembre de 1948, cuando los dos amigos retoman el contacto epistolar, a pesar de su tono cordial, no tienen la continuidad e intensidad del intercambio precedente. La herida de la guerra y del exilio también se deja sentir en esta correspondencia.

El tiempo y sus azares han dejado asimismo otras cicatrices en este epistolario. Echamos en falta ocasionalmente algunos mensajes dispersos, cuya existencia se deduce de alusiones en alguna de las cartas conservadas. Se refieren a mensajes hoy perdidos —por lo general cartas, en alguna ocasión telegramas— las cartas de Larrea de 26 de mayo de 1917, 28 de diciembre de 1923, 18 de diciembre de 1926, 30 de noviembre de 1928, 1 de julio y 17 de septiembre de 1933, 10 de julio de 1936 y 22 de mayo de 1962; y las de Diego de 2 de julio de 1921, 23 de marzo de 1923, 14 de septiembre de 1932, 19 de julio de 1933, 5 de enero de 1937 y 17 de marzo de 1957. Falta, pues, una quincena de misivas de cuyo envío tenemos constancia.

Hay además en el epistolario dos periodos extensos en que faltan los mensajes de Diego, que no se conservan con los demás en el archivo de Juan Larrea. Sucede así desde el 31 de agosto de 1919 hasta el 7 de junio de 1920; y desde el 23 de enero de 1934 hasta el 14 de enero de 1936. Estos huecos en la correspondencia conservada explican que en el cómputo total las cartas de Larrea sumen una cantidad mayor que las de Diego, a pesar de que el primero se muestra con cierta reiteración más parsimonioso en el intercambio epistolar que su interlocutor.

Desconocemos las causas precisas de dichos dilatados hiatos. Larrea, destinatario de las cartas perdidas, y sus papeles personales

con él, atravesaron numerosas y complicadas peripecias vitales, causadas primero por su propensión personal a salirse del cauce establecido —así, el traslado de su residencia a París a partir de 1926 o el viaje a Perú en 1930— y luego por la Guerra Civil, que lo abocó al exilio y a residir sucesivamente en México, Estados Unidos y Argentina. Tras la muerte de Larrea, su archivo padeció también avatares sin cuento, cambios de manos, traslados y mudanzas, no siempre en las mejores condiciones ni con las debidas precauciones, hasta que quedó depositado en septiembre de 2013 en el Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes, en Madrid.

El hecho de que las cartas de Diego perdidas constituyan conjuntos cronológicos compactos sugiere que dichos mensajes estaban agrupados y que se perdieron en bloque, quizá al azar de un traslado o porque fueron separados del resto del epistolario —por el propio Larrea o, tras su muerte, por alguno de los depositarios de su archivo personal— a fin de consultarlos y no fueron restituidos luego al conjunto.

La pérdida parece particularmente sensible en el caso de las cartas desaparecidas del periodo 1919-1920, pues afecta de lleno a una época en que Diego y Larrea iban definiendo su poética y la voz con que se iba a expresar durante los años siguientes. En esos nueve meses largos, pongamos por caso, Diego pronunció en los Ateneos de Santander y Bilbao su conferencia «La poesía nueva», con la que se estrenó como conferenciante y en la que afirmó por primera vez en público sus convicciones creacionistas.¹ Hay que suponer que sus cartas a Larrea de esas fechas debían de contener numerosas precisiones de interés acerca del proceso de su maduración como poeta, según dejan entrever las de su amigo y corresponsal. También en esos meses Diego se presentó a las oposiciones a cátedra y obtuvo su nombramiento para la del Instituto de Soria, donde inició su carrera docente, tan importante en su labor de creación y en su vida de activista literario.

¹ El texto de la conferencia y los de la polémica subsiguiente en la prensa santanderina están reunidos en Gerardo Diego, *La poesía nueva*, ed. de Juan Manuel Díaz de Guereño, Madrid, Fundación Gerardo Diego / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2014.

Aunque en asuntos de esta índole nunca cabe excluir por completo un hallazgo inesperado, la pérdida de esos tramos de la correspondencia tiene visos de ser irreparable. Pero, si bien causa mella en el epistolario, no disminuye su valor de conjunto, sino que resalta por contraste el de los documentos conservados que recoge esta edición.

AMIGOS

Como ya se señaló, la correspondencia cubre un amplio periodo de sesenta y cinco años, toda la vida de ambos amigos desde su juventud de recientes veinteañeros, cuando dejaron de convivir cotidianamente como universitarios en Deusto, y hasta pocos meses antes de la muerte de Larrea el 9 de julio de 1980. Obviamente, no lo cubre con la misma frecuencia y sostenida intensidad.

El intercambio disperso y ocasional que siguió a la Guerra Civil casi constituye un epistolario distinto, regido por otras pautas de relación y de escritura. Las treinta cartas contadas que Larrea y Diego se escribieron en las tres décadas largas que van de 1948 a 1980 —dieciocho de Larrea y doce de Diego—, por la distancia cronológica misma que media entre ellas, obedecen a una lógica informativa, en ocasiones tintada de nostalgia, visiblemente distinta de la complicidad intensa que impregna las del periodo precedente.

Ello atestigua sin duda las profundas heridas causadas por los respectivos alineamientos de los dos poetas durante la contienda, pero también y simultáneamente la diferencia entre los intereses de ambos en ese periodo posterior. Diego siguió siendo poeta ante todo, mientras que Larrea, desentendido de la escritura en verso, se vio a sí mismo como mensajero de la buena nueva —no menos poética, a su entender— de un mundo mejor prometido a la Humanidad. Pese al aprecio mutuo, la distancia, abismal en muchos sentidos, entre las respectivas experiencias y convicciones, que expresan las cartas de esos años, enrareció el contacto epistolar. A ello contribuyeron también, claro está, las numerosas

barreras interpuestas entre exiliados y residentes en la España de Franco.

Antes de que la guerra y sus consecuencias provocaran una década de silencio epistolar y después dicho enrarecimiento, avatares biográficos y altibajos anímicos de los dos poetas modularon frecuencia y extensión de los mensajes. Como todo intercambio epistolar, el de Diego y Larrea depende de la lejanía física y del calor emocional que lo alimentan, y tanto una como otro sufrieron modificaciones durante las dos décadas que cubre el carteo más nutrido.

Que el año 1935 resulte ser tan excepcionalmente escaso, pues sólo se han conservado dos mensajes de Larrea, seguramente tiene que ver con que éste había fijado su residencia de nuevo en España, cerca de Madrid, donde trabajaba y vivía Diego por entonces. Ello debió de facilitar encuentros de ambos amigos,² gracias a los cuales las cartas resultaron seguramente menos necesarias, aunque, como ya hemos dicho, la pérdida de las cartas de Diego en ese periodo interviene igualmente en dicha escasez de documentos.

El viaje a Perú de Larrea entre enero de 1930 y agosto de 1931, aunque aumentó la distancia geográfica entre los dos amigos y separó sus respectivas circunstancias vitales, también redujo considerablemente la frecuencia de las cartas. Larrea se excusa por ello en la datada el 28 de octubre de 1930 en Arequipa, arguyendo «este no parar en que se gasta mi vida», es decir, la intensidad de las experiencias vividas allí —orfandad, paternidad, revolución, terremotos, deslumbramiento ante aquellos parajes—, que lo distraen de actividades habituales antes, como escribir cartas. No sabemos, a causa de las misivas perdidas, si el viaje a Filipinas de Diego, entre diciembre de 1934 y marzo de 1935, tuvo efectos similares. Pero sí podemos constatar que su viaje a Argentina entre julio y noviembre de 1928 coincide con un eclipse de sus cartas durante seis meses.

Ninguna de tales ausencias físicas y epistolares impidió luego que amistad y carteo volvieran a sus cauces habituales. El

² Larrea se refiere a varios en sus rememoraciones en «Carta a un escritor chileno interesado por la “Oda a Juan Tarrea” de Pablo Neruda», en *Del surrealismo a Machupicchu*, México D. E., Joaquín Mortiz, 1967, págs. 104-106.

aprecio mutuo estaba tan sólidamente cimentado tras largos años de amistad que ambos corresponsales no tenían reparo en disculparse mutuamente faltas de regularidad y tardanzas, aun sin dejar de reprochárselos uno al otro.

Los primeros años de la correspondencia muestran que dicha amistad se fundó en los entusiasmos compartidos por los dos en razón de su edad y de sus aficiones, entusiasmos cuya intensidad variable determinó la de la correspondencia. Las cartas de ese periodo inicial insisten en el relato de enamoramientos, idilios o flirteos o en alusiones a ellos propios de dos jóvenes, pero es sobre todo el comentario de estrenos teatrales, de corridas de toros o de planes de escritura lo que aviva el ritmo epistolar y alarga las cartas.

Al mismo tiempo, las ambiciones de creación literaria consolidan la relación preferente entre los dos amigos, que, cuando empiezan a cartearse, aún se sienten integrados en un círculo o cuadrilla más amplia, formada por los conocidos comunes en Bilbao, los Emilio Pérez Carranza, Agustín Temiño, José Valdivielso, entre otros, que aparecen como fuente o destinatarios de saludos o como motivo de comentarios y a los que hacen mención reiterada en sus misivas.

La vocación literaria, gradualmente volcada en el verso, se constituye pronto en el nexo fundamental entre ambos, que asegura su amistad y la distingue de otras. El afán compartido por asimilar las novedades poéticas recién descubiertas y extraer de ellas las consecuencias creativas obligadas anima particularmente la correspondencia en los meses que siguen a mayo de 1919. Es, para Diego y Larrea, un momento decisivo en la definición de sus respectivos perfiles de poetas, y las cartas son un bullir de noticias, comentarios, discusiones teóricas.

A esa actividad febril alude Diego cuando, en los versos finales de su epístola «A Juan Larrea» en *Versos humanos*, le promete «ganar siempre mi día / como los de aquel mayo y junio, un lustro hace».³

³ Cita de los versos 55-56. En Gerardo Diego, *Obras completas. Poesía I*, Madrid, Alfaguara, 1996, pág. 315.

En fecha cercana a la de la composición del poema, en su carta de 3 de febrero de 1924, Diego reclama de su amigo una correspondencia tan animada como la de «los tiempos heroicos» de 1919. Es claro, pues, que, para el santanderino al menos, aquel periodo de carteo intenso y de mensajes llenos de noticias, versos, críticas y discusiones constituía un tiempo digno de añoranza y que hubiera querido recuperar.

Más adelante, proporciona renovado impulso al carteo la discusión de posibles actividades conjuntas, como el viaje al extranjero que ambos amigos consideran para el verano en 1924 o las actividades editoriales que planea cada uno de ellos a lo largo de 1926 y 1927, en relación con la revista *Favorables París Poema* y con las celebraciones del centenario de Góngora y *Carmen*, respectivamente, para las que uno y otro cuentan con la participación del camarada.

Para esas fechas, la poesía se ha asentado firmemente como prioridad esencial en las actividades y en los mensajes de los dos amigos, aunque uno y otro la viven de modos que se corresponden con sus respectivas personalidades: como dedicación serena y laboriosa, aunque no exenta de deslumbramientos, y muy atenta a la difusión y la discusión pública en Diego; y como arrebatado privado, casi secreto, subsumido en los que constituyen una peripecia irregular, si no errática, entre bohemia y descabellada, en Larrea.

Las familias de ambos están llamativamente ausentes en las primeras cartas, y sólo las de Diego aluden a la suya como trasfondo. Dice su primera carta que «en casa» condicionan sus proyectos de estudio, y en la de 21 de diciembre de 1916 se refiere a «las dulzuras del hogar», que no asoman nunca en las de Larrea. Éste presenta a sus progenitores más bien como obstáculos para sus proyectos o propensiones personales, en una variante del drama del joven que busca su camino a pesar de las prescripciones o consejos de sus mayores. Ello no obsta para que, cuando sobreviene la desgracia familiar, en particular la orfandad, se aprecie en las cartas de los dos amigos el dolor sincero y compartido. Pero las cartas dibujan un universo de puertas afuera, de jóvenes

que cruzan los umbrales de los hogares familiares y se buscan entre amigos, que comparten aficiones y van definiendo su vocación al margen de la opinión de los deudos o contra ella.

Sólo en la madurez de ambos corresponsales, cuando fundan sus propias familias, llegan éstas a ser materia de informaciones y comentarios epistolares frecuentes: la paternidad, las vicisitudes de salud en el hogar, los planes domésticos ocupan su lugar en las cartas de los años treinta. Pero este universo hogareño se agrega a los contenidos habituales de las cartas, sin sustituir a la poesía o a la tarea creadora como eje fundamental de la correspondencia.

Las atroces circunstancias de la Guerra Civil provocaron en las cartas de Diego un desplazamiento marcado del trabajo y la creación en favor de los afectos inmediatos de familiares y amigos. En contraste, las de Larrea de ese periodo muestran un pertinaz empeño de considerar los acontecimientos desde la perspectiva «impersonal» de la Realidad poética que el vasco estaba convencido de habitar.

Las cartas del año que va del inicio de la contienda en julio de 1936 a la misiva de Larrea de 15 de junio de 1937 que interrumpe temporalmente la correspondencia evidencian, de este modo, no sólo las diferentes posturas políticas de ambos, sino sobre todo los muy distintos puntos de vista desde los que consideran los sucesos del momento. Mientras Diego se atiene a la cercanía afectiva con parientes y conocidos, y se afana por conocer su paradero, por ayudarles en lo que puede contra la violencia desatada, Larrea considera cualquier dato o circunstancia personal con voluntad interpretativa, empeñado en distinguir el sentido de los acontecimientos y comunicarlo.

Ello marca una diferencia notable entre los estilos de las cartas de uno y otro: mientras las de Diego se fijan en el relato de peripecias personales propias o ajenas, las de Larrea interpretan y explican, para lo que acuden con reiteración a conceptos escritos con mayúscula, a interrogaciones retóricas, a citas de textos bíblicos o exégesis de poemas propios y ajenos con que fundamentar su lectura de la realidad. En las del primero palpita el temblor humano de miedos, preocupaciones y afectos; las del segundo

traducen la inexpugnable voluntad de encontrarles sentido y finalidad a los acontecimientos y de considerarlos, por consiguiente, con la distancia necesaria.

Hasta llegar a ese punto de ruptura, la amistad de Diego y Larrea se había consolidado y fortalecido durante dos décadas de confianzas y confidencias, que incluyeron al menos dos préstamos de cantidades importantes de dinero del asalariado Diego al rentista y desocupado Larrea. Precisamente en relación con uno de ellos escribe Diego a Bernabé Herrero, un amigo común reiteradamente presente en este epistolario, unas líneas en carta datada en Santander el 3 de julio de 1927 que sitúan la amistad con Larrea en su aprecio:

A Juan le voy a escribir también un día de estos. Cada día le quiero más. Y le admiro más. Estoy contento de haberle podido servir en algo, aunque el pretendido sacrificio por mi parte no existe más que en su delicadeza. Verdaderamente, estas amistades tan a prueba de todo y tan del alma —como las nuestras, como la de Emilio [Pérez Carranza], la de Temiño, la de Pepe [Tudela] (a quien voy a felicitar por su heredero)—, consuelan y redimen. Si no, no sé qué sería de nosotros.

La guerra civil sometió a dura prueba este afecto y puso un punto y aparte al intercambio epistolar, interrumpido durante una década larga. Sólo se reanudó, y con otro ritmo según anotamos más arriba, en 1948. El único reproche por dicho tajo lo formuló Diego veinte años más tarde, en su carta de 18 de enero de 1967. Tras disculparse por la tardanza en escribir, Diego asegura que no se debe a merma de la fe en el amigo:

Fe que, por lo demás, no ha sufrido eclipse alguno. Perdóname que te recuerde que la tuya sí. Y que llegaste a llamarme en letras de molde «judas», cosa que me hirió «de mi alma en el más profundo centro». Yo no he sido capaz de llamárselo por escrito a nadie y menos a un amigo de verdad, como creo que lo hemos sido siempre.

Alude Diego a un articulillo escrito durante la guerra en el que Larrea contrapuso la toma de postura de aquél ante la contienda a la de los demás poetas representados en su *Antología* de 1932.⁴ Pero el santanderino añade unas líneas más abajo una frase que equivale a un perdón absoluto por el daño causado: «A pesar de todo, siempre he creído que eres mi mejor amigo, como yo he procurado serlo tuyo».

SEÑAS DE IDENTIDAD

Diego y Larrea fundaron su amistad en la camaradería establecida durante su trato habitual siendo estudiantes de Deusto y en las aficiones compartidas, entre las que destacan de inicio el teatro y los toros. Las cartas de los primeros años de esta correspondencia muestran que los dos asisten asiduamente a ambos espectáculos, se comunican noticias al respecto, comentan estrenos y corridas; incluso hacen sus pinitos como autores de dramas que, por lo que se lee en ellas, rara vez llegan a completar. Ambos dan muestras de entusiasmo juvenil por autores teatrales o toreros, como corresponde a la edad; ambos expresan pronto desengaños y opiniones críticas al respecto, en los que se transparenta la creciente exigencia de su criterio y la ambición creadora que lo sustenta.

Teatro y toreo son para los dos amigos focos principales de un interés compartido por las expresiones artísticas en general, interés mediante el que ambos se sienten de toda evidencia destacar del vulgo. La aspiración a una personalidad definida y singular, propia de la edad, se traduce en Diego y Larrea en una atención volcada al arte, que les sirve simultáneamente de seña de identidad y de rasgo diferenciador.

Hasta el estilo de las cartas en los primeros meses de la correspondencia está marcado por dicho interés preferente, en que se expresan los primeros atisbos de una vocación. Las misivas

⁴ Juan Larrea, «Como un solo poeta», *La voz de Madrid*, París, 13 de agosto de 1938; reimpresso en *España Peregrina*, núm. 2, México D. F., marzo de 1940, págs. 80-83. Para el pasaje que recuerda Diego, véase la nota a la carta mencionada.

abundan en citas, alusiones y parodias, e incurren ocasionalmente en cierto engolamiento, lo que deja patente el sentimiento compartido por los dos jóvenes amigos de pertenecer a una minoría selecta, la de quienes son capaces de apreciar las creaciones artísticas y aspiran incluso a forjar las suyas propias. Entre bromas y veras, los jóvenes Larrea y Diego no se consideran aún autores, pero adoptan las posturas que entienden propias de quienes se proponen serlo.

Contribuyen también a esa pose de artistas en ciernes las frecuentes manifestaciones de malestar, descontento, hastío o abatimiento en las cartas. Con tanta frecuencia como entusiastas o animosos, Diego y Larrea se pintan melancólicos o afectados por el tedio. Provocan dicho estado de ánimo recurrente los tropiezos amorosos; la inevitable desorientación cuando, terminada la carrera universitaria, se impone decidir itinerarios profesionales, preparar oposiciones; la conciencia de no acertar o no lograr lo pretendido en las tareas creativas; el disgusto de vivir como lo hacen y la añoranza de una existencia soñada en otros términos.

En su carta de 2 de septiembre de 1918, Diego establece una correlación entre esos estados de ánimo y su vocación:

Juan: acuérdate de que somos artistas; todos estos sufrimientos neurasténicos son compensaciones, son sangrante moneda con que hemos de pagar esta delicia incomparable de sentir, esta promesa y esta ilusión de que trabajando con voluntad llegaremos a crear para que otras almas sientan con las nuestras. ¿Qué importa atormentarse? Dios nos regaló la merced de hacernos vibrar apasionados ante tantas cosas que a los más les fastidian y les aburren.

Larrea, por su parte, no escatima declaraciones de amargura, hastío y pesimismo, que en la carta del 15 de agosto de 1918 atribuye a una «vida superficial y necia», en la que no encuentra, dice, ni diversión puramente animal. Son repetidas sus quejas contra la familia, que pinta como fuente de constricciones y de fastidios, en contraste con las alusiones ocasionales más bien afectuosas de Diego a la suya. «En casa me llaman el hombre de la

contradicción y del disgusto», le escribe Larrea el 18 de abril de 1919, resumiendo en el remoquete su propio estado de ánimo y el difícil acomodo de éste con las expectativas y preceptos de sus progenitores.

El 13 de mayo de 1920, Larrea comenta a su amigo las discusiones familiares acerca de la conveniencia o no de presentarse a oposiciones, y escribe: «Todo es yugo, la castración espiritual para dejarle a uno luego libre como un eunuco». La rebeldía que expresa en el relato de tales discusiones, incluso cuando desemboca de momento en una rendición, se va asentando como un rasgo de carácter permanente, que conduce más adelante a las decisiones fundamentales en la pertinaz excentricidad de su peripécia vital.

El odio que Larrea expresa una y otra vez por Bilbao, su ciudad natal, su «lamentable patria chica», parece estrechamente ligado a su aborrecimiento de las pautas de vida a que sus progenitores pretendían sujetarle. Los planes y propósitos de evadirse de la ciudad de origen, finalmente realizados, constituyen el primer paso de los alejamientos graduales que Larrea emprendió, movido por un ansia perennemente insatisfecha hasta los descubrimientos que expresan maravilladas sus misivas de los años treinta, que le brindan, en una visión, otra Realidad distinta de la que vive. El bilbaíno expresó su resuelta propensión aventurera en carta al amigo de 7 de junio de 1922:

Sí, *caro* Gerardo, está demostrado que tengo espíritu de viajero. Mi ideal sería dejar, como Rimbaud, literatura y casa, que en mí, como creo que en él, sólo son un *sustitutivo* en la inercia, de la aventura constante, del ritmo del camino.

En contraste, las cartas de Diego indican, aun entre quejas y críticas, que disfruta por igual lo que ofrecen su Santander natal, Soria, Gijón o Madrid. Los temperamentos de los dos amigos se muestran pronto notoriamente diferentes. Diego, pese a melancolías y desasosiegos, que suscita con frecuencia la prolongada inestabilidad sentimental, se muestra desde fechas tempranas

capaz de reconciliarse con obligaciones y cotidianidades, de encontrar modo satisfactorio de desarrollar pese a ellas su vocación y sus ambiciones. El santanderino no sólo realiza las tareas docentes a que le compromete la cátedra, sino que las complementa con un sinfín de iniciativas musicales y literarias en las que parece encontrar contento su vocación y que a la postre lo convertirán en promotor decisivo de la poesía española de su tiempo.

Diego encuentra en la escritura y en su incansable activismo motivos de satisfacción que pronto aplacan negruras y melancolías, de modo que sus cartas dan, pese al crónico mal de amores, que alimenta una propensión en ellas a la confidencia quejosa, pruebas de estabilidad y buen ánimo. A ello contribuye sin duda su modesta percepción de sí mismo. Diego acostumbra encontrar admirables el descontento crónico y la voluntad de lejanías del amigo, pero tiene una imagen de sí mucho menos que heroica.

En su carta de 7 de octubre de 1922, en la que ofrece un parte detallado de su primera visita a Huidobro en París, Diego contrapone su propio ánimo doméstico y la vocación viajera y aventurera de su corresponsal:

Yo no estoy seguro como tú que sea mi destino recorrer tierras, devorar horizontes, embriagarme de nuevos panoramas internos. Aun en los momentos de mayor optimismo aventurero, me sentía un poco acobardado y hasta añorante de un lejano hogar con su gato, su silencio voluptuoso y su soledad familiar.

Este contraste de los dos temperamentos fundamenta las respectivas actitudes de ambos en el desarrollo de su amistad y quizá halló su primer motivo, al inicio de la correspondencia, en la diferencia de edad. Larrea contaba año y medio más que Diego y en las primeras cartas ejerce de mayor, papel que a su camarada no le cuesta reconocerle entonces y que le atribuirá reiteradamente más adelante, al recordar sus años de búsqueda y maduración. En su epístola «A Juan Larrea» de 1924, ya mencionada más arriba, Diego se dice «tan sólo un reverbero» de la luz creadora del amigo.

Las confidencias sentimentales expresan con claridad las diferencias entre las respectivas posturas desde el comienzo de la correspondencia. Diego cuenta y se dice tímido, torpe o incapaz de entender, mientras Larrea, incluso cuando proclama cautelas y mesura obligadas al comentar experiencias ajenas, tiende a afirmarse enterado, conocedor de situaciones y sentimientos, habilitado para interpretar conductas y orientar, para aconsejar y sugerir, y siempre expone sus propias andanzas en ese terreno con cierta circunspección, con distancia analítica, cuando no con tono de chanza.

Los dos amigos propenden igualmente a la confidencia en dicho terreno, pero sus relatos se contraponen desde un comienzo. Larrea, en su carta de 26 de octubre de 1916, es el dominador que corta una relación, aunque no sin remordimientos o vergüenza íntima, mientras que un mes después Diego, en la suya de 23 de noviembre, carta que narra el final del noviazgo que había de dar como fruto su primer poemario, *El romancero de la novia*, se aflige por haber sido abandonado.

Pero tan distintas maneras de verse y de expresarse no estorbaron el arraigo firme de la amistad entre ambos. Acaso lo propiciaron, facilitando a cada uno expresarse con una franqueza que en esta correspondencia se extiende a ámbitos tan íntimos como el sexo y tan delicados como el contenido de la cartera.

No faltan, en efecto, confidencias en las cartas de los dos amigos, aunque por lo general son de carácter fragmentario, alusivo. No podía ser de otro modo, puesto que la correspondencia era complemento de las charlas de ambos cuando tenían ocasión de reunirse, o su pálido sustituto, «ya que nuestra conjunción parece difícil», según escribe Larrea el 24 de junio de 1919. Lo escrito en las cartas por lo general se suma a la viva voz, aunque no faltan las ocasiones en que la pasión por compartir afronta la distancia obligada por las circunstancias con un carteo frecuente y denso que sustituye al diálogo directo, como en «los tiempos heroicos» de mayo y junio de 1919.

Las confidencias no suelen tener, por tanto, el aspecto articulado de la que Diego ofrece en su carta de 26 de diciembre de

1933, en la que compone una breve autobiografía espiritual. Ésta se explica por el contexto: el santanderino había leído el original de *Orbe*, el diario poético en que Larrea contaba y analizaba a menudo su propia experiencia vivida, y se sentía obligado a responder a lo escrito por el amigo en dicha obra con revelaciones de índole similar.

En las páginas de dicha carta, Diego reconoce afinidades y señala diferencias con el modo de vivir y explicarse lo vivido del camarada. La lectura de esa misiva induce por ello a interpretar con cautela las pautas aparentes de la amistad entre ambos, pues muestra que, por mucho que Diego reconozca y hasta proclame la superioridad intelectual y poética de Larrea, es bien capaz de contraponer a las certezas de éste las convicciones o las inseguridades propias. Dar por sentado que en la relación Larrea llevaba la voz cantante es incurrir en un error notable. En los momentos decisivos, Diego pensó y decidió con clara autonomía, debatiendo, criticando, oponiendo sus peros, afirmando sin asperezas su criterio o simplemente actuando según éste. Sucedió así con su toma de postura poética en 1919, como se verá; sucedió así en 1926 y 1927, con los preparativos de la celebración del centenario gongorino y de la revista *Carmen*; en 1933, al discutir el libro de Larrea, o en 1936 y 1937 al debatir sobre la Guerra Civil.

Conviene situar la lectura de la correspondencia con Larrea en correlación con las actividades de Diego en el mundillo literario español de la época, en las que dio pruebas de una osadía y una determinación que desmienten toda confesión de minoridad. Su amigo no deja de reconocerle su prioridad en los días del ultraísmo, cuando se sirve de él como guía, su valentía al publicar *Carmen* y *Lola*, su mejor conocimiento cuando lo nombra su «manager» ante las propuestas de publicación que recibe en 1933.

De igual modo, tampoco las rebeldías de Larrea lo son de modo tan impenitente ni sus certezas tan definidas. Las cartas, leídas atentamente, cuentan la historia de sus constantes tiras y aflojas, de rebeliones, pero también de disimulos y componendas en su enfrentamiento con la familia, en los que más de una vez pide ayuda del amigo; ayuda incluso económica.

En cuanto a las convicciones que expone a partir del momento en que cree descubrir el sentido de la vida individual y colectiva, no son tan firmes como su escritura deja suponer. Larrea propone sin tregua explicaciones de la realidad con profusión de datos dispares conjugados según su lógica poética. Lo prolijo de sus argumentaciones y la seguridad aparentemente inexpugnable con que están articuladas las torna por momentos decididamente antipáticas; además de frecuente y rotundamente erradas en sus predicciones. Pero las cartas dejan entrever que tal construcción verbal e intelectual es ante todo un modo de resguardarse de las inclemencias de lo real. Así lo señalan al menos dos alusiones de Larrea a la angustia que las motiva calladamente.

La primera, el 29 de diciembre de 1933, cuando Larrea explica a Diego que su mujer está enferma y que debe reconsiderar sus proyectos. «Pero tengo una seguridad tal en el orden que apenas he sido rozado un par de días por la angustia», escribe. Y al escribirlo desvela que dicha seguridad es menos cierta de lo que proclama. La segunda alusión aparece en un pasaje de su carta de 10 a 28 de febrero de 1937, la más larga de este epistolario (su original ocupa 68 hojas manuscritas por ambas caras), pasaje en el que define su actitud ante la guerra:

Pasados los primeros efectos de sorpresa y perturbación y vencido de que en España contienden, a través de las personas en que se encarnan, dos mundos que se excluyen, en mí se ha tendido automáticamente y a menudo bajo la imperiosa exigencia de la angustia, a reducir a razón cada vez más circunstanciada, convincente y transmisible el contenido de este momento histórico.

La angustia, pues, o más bien la imperiosa necesidad de evitarla motiva la minuciosa edificación de seguridades a que Larrea se entrega a partir de los años treinta.

La correspondencia de Diego y Larrea, en suma, proporciona argumentos para un retrato más completo y equilibrado de ambos corresponsales, que permite reconsiderar las respectivas personalidades y el influjo recíproco entre ellos, particularmente

durante sus años de formación. Contribuye así a matizar una tradición interpretativa que alimentaron por un lado los protagonistas mismos y por otro la historia editorial de estos documentos.

Ha embellecido la figura de Larrea la rareza de su obra poética —escasa, escrita durante un periodo corto de tiempo y en su mayor parte en francés, publicada sólo décadas después, tras desentenderse largamente de la imprenta— y el siempre generoso aprecio que le ha demostrado Diego, quien sistemáticamente ha rendido homenaje al poeta y a sus versos y promovido la difusión de éstos. En el prólogo a la edición española de la poesía de Larrea, Diego lo proclama «el más hondo e intenso de los poetas españoles», afirma que comparte su poética y recuerda haber confesado que «le debo lo esencial de la mía».⁵

También el hecho de que, como se detalla más abajo, hace casi treinta años se editaron las cartas de Larrea a Diego, mientras que sólo se han publicado algunos mensajes dispersos de la otra mitad del epistolario, ha propiciado una lectura sesgada de la relación entre los dos amigos. Dado que el discurso de Larrea estaba profusamente representado en sus cartas, los estudiosos hemos tendido a dar preeminencia y prioridad a sus teorizaciones, a su visión y su vivencia de la poesía, y a menudo hemos supuesto que Diego, como él mismo afirmó reiteradamente, cumplía un papel subordinado o segundo.

La publicación conjunta de las cartas de ambos nos proporciona una perspectiva más equilibrada de su amistad, que desmiente o matiza rotundamente algunas de esas asunciones.

POETAS

Diego y Larrea empezaron a cartearse porque los unía una amistad cimentada en la vocación literaria compartida, que fue consolidándose y desplazando gradualmente otras aficiones comunes.

⁵ Gerardo Diego, «Larrea traducido», en Juan Larrea, *Versión celeste*, Barcelona, Barral, 1970, págs. 11 y 13.